

El hombre se retiró, y Doña Ana quedó á presencia del que parecia ser el jefe.

—¿Cómo os llamis?—preguntó el hombre con arrogancia.

—Doña Ana de Castrejon.

—¿Adónde íbais?

—Venia yo en busca vuestra.

Algunos otros hombres se habian acercado á escuchar el diálogo.

—¿En nuestra busca?—preguntó el que interrogaba á Doña Ana;—¿sabíais acaso que veniamos? ¿sabeis quiénes somos?

—Todo lo sé; sois piratas, debeis atacar esta noche á Portobelo; entre vosotros debe venir Juan Darien, y habeis enviado por delante á un hombre.

—Pero ¿cómo sabeis todo eso?

—Lo sé porque el hombre de quien os habeis confiado os ha vendido, os traiciona.

—¿Nos traiciona?—exclamaron á un tiempo varias voces.

—Sí, y por eso os buscaba, para preveniros el peligro: ¿cómo se llama entre vosotros ese hombre?

—Antonio Brazo-de-acero.

—Pues su nombre verdadero yo le conozco; ese hombre se llama Enrique Ruiz de Mendilueta.

—¿Sabeis, señora, que lo que decís es grave?

—Tan grave, que supongo que á esta hora toda la ciudad está en alarma, y se preparan sin duda para veniros á atacar: creo que debíais retiraros sin intentar nada, porque seria ya en vano; por hoy se ha perdido la oportunidad.

—¿Pero Antonio ó Enrique, como vos le decís?

—Estará con el gobernador.

—¿Es verdad eso?

VII.

El asalto.

Doña Ana sintió que caminaba un largo trecho; pero la persona que la llevaba debia ser un Hércules, porque no mostraba fatiga.

Por fin, oyó voces, la soltaron cuidadosamente en tierra, y se encontró casi en la orilla del mar, rodeada de hombres á quienes no podia distinguir en la oscuridad de la noche; pero eran muchos, y todos armados.

—Señor—dijo el hombre que la habia conducido, dirigiéndose á otro que pareció á la jóven que era el jefe;—esta mujer la he tomado prisionera descolgándose de la ventana de la casa de campo.

—¿La conoces?

—Aun no le he visto el rostro; pero temí que nos hubiera sentido y fuera á dar aviso.

—Bien; déjala aquí y vuelve á continuar explorando.

—Si dudais de mí, quizá pronto tendreis que arrepentiros.

—Llevad á esta señora á bordo de una lancha—dijo el hombre—y tenedla allí hasta que yo dé otra orden.

Dos hombres se apoderaron de Doña Ana, á la que aun no habian visto bien el rostro, y la condujeron á una lancha; el que la habia interrogado se quedó allí, rodeado de otros tres ó cuatro.

—¿Y bien, Juan Darien, qué decís de esto?

—Yo espero que vos, que conoceis mas á Brazo-de-acero, me deis vuestra opinion, señor Morgan.

—Pues yo creo que Antonio es incapaz de una traicion.

—Pero si eso es así, ¿esta mujer cómo sabia nuestra llegada aquí y nuestros planes?

—¡Por mi vida que todo eso me confunde!

—Y á mí tambien.

—¿Creeis que debemos desistir? porque de una ó de otra manera, hemos sido descubiertos, y quizá estén prevenidos los españoles.

—Preciso seria tener mas seguridad.

—Entonces no hay que vacilar; acerquémonos, que siempre para retirarse será tiempo.

—¿Así lo ordenais?

—Sí.

—Llevaré alguna gente y marcharé á la descubierta; vos me seguireis con todo el grueso de nuestra fuerza.

—En el momento, á movernos; no hay que perder un instante.

Juan Morgan y Juan Darien se separaron, y los piratas comenzaron á organizarse para marchar.

Poco despues, entre las sombras de los manglares, podíanse distinguir algunos bultos que avanzaban, unas veces

caminando como hombres, otras arrastrándose como reptiles, escurriéndose, embarrándose en los troncos de los árboles, pero siempre ganando terreno y sin causar el mas leve rumor; ni las piedras rodaban bajo sus piés, ni la maleza seca crugia; parecian unas sombras impalpables: de repente una de aquellas sombras se detenia, y todas las demás le imitaban, escuchaban seguramente los ruidos vagos y lejanos que llegaban entre los vientos de la noche; pero nada debia alarmarlos, porque continuaban su camino.

Detrás de ellos, á corta distancia, marchaba tambien otra gran masa negra y silenciosa; esta parecia una serpiente que se arrastraba pausadamente, pero que tampoco se oia ni el rozar de su cuerpo sobre la arena.

Era la columna de los piratas mandada por Juan Morgan, que seguia á su descubierta.

De repente aquella columna se detuvo; era que la negra silueta de uno de los castillos que defendian la plaza se habia levantado delante de ellos como un fantasma.

Juan Darien estaba cerca de aquel castillo; un centinela se paseaba tranquilamente fuera de la muralla. Juan Darien llamó á dos de los suyos, y con una voz tan baja que apenas podian oirle, les dijo:

—Es preciso apoderarnos de ese hombre: seguidme y procurad taparle la boca.

El centinela se paseaba. Juan Darien y los suyos se acercaron á él arrastrándose.

Cuando el centinela venia hácia ellos, se dejaban caer y permanecian sin movimiento; cuando él daba la vuelta, se arrastraban procurando ganar terreno.

Era una empresa de astucia y de paciencia; pero el centinela nada sintió.

Por fin, llegaron á estar tan cerca, que si el hombre hu-

biera dado un solo paso mas, hubiera tropezado con ellos; pero llegó hasta donde habia llegado antes y dió media vuelta.

Juan Darien se levantó con una ligereza asombrosa, se arrojó sobre el descuidado centinela y le aprisionó entre sus brazos.

Los hombres que le acompañaban llegaron casi al mismo tiempo, y uno le cubrió la boca con la mano y el otro le levantó de los piés.

Así, antes que pudiera dar un grito, y menos hacer uso de la arma, fué arrebatado de su puesto y conducido lejos de allí.

Todo aquello se habia ejecutado con el mas profundo silencio.

Morgan esperaba á la cabeza de los suyos, cuando vió llegar á Darien con el prisionero.

—Un centinela prisionero—dijo Juan Darien;—este podrá informarnos de lo que pasa en la ciudad y en los castillos.

—Habla—dijo Morgan;—contesta la verdad, ó ten por seguro que te haré matar si me engañas.

El soldado estaba maniatado.

—¿Qué se sabe en la ciudad de nuestra llegada?—preguntó Morgan.

—Nada, señor, nada—contestó temblando el soldado.

—¿No hay alarma?

—No, señor, todo está tranquilo.

—Mira que no me engañes.

—Os lo juro.

—Bien; te va la vida si mientes: ¿qué gente de armas hay en la plaza?

—Serán cuatrocientos soldados, y otros tantos mercaderes armados; pero esos están en su casa.

—¿Y bocas de fuego?

—Esas sí son muchas; pero todas están en los dos castillos grandes y en el chico.

Morgan se levantó, ordenó á la columna ponerse en marcha, y se puso á la cabeza de ella.

El primero de los castillos estaba á un cuarto de legua del lugar en que se habian detenido los piratas, y la columna llegó allí al amanecer.

En aquellos tiempos la guerra tenia indudablemente un aspecto mas caballeresco.

En nuestros dias, hemos visto las escuadras de las naciones que se tienen por mas civilizadas, invadir un país sin previa declaracion de guerra; hemos visto á los ejércitos de Francia sitiar y atacar plazas sin hacer antes una intimacion.

Los piratas eran mas caballeros.

Al amanecer, el castillo estaba completamente circunvalado y nadie podia salir de allí; pero Morgan envió á uno de sus oficiales á intimar rendicion, amenazando á la guarnicion española con pasar á todos á cuchillo.

Los españoles se negaron á entrar en tratados con los piratas, y rompieron sobre ellos un fuego vivísimo de cañon.

La ciudad no sintió hasta entonces lo que pasaba, y comenzó en ella la alarma. Unos huian á los bosques, otros se preparaban á la defensa, otros arrojaban á los pozos sus riquezas para salvarlas, y las mujeres lloraban, y todo era confusion y desorden.

Los del castillo se defendian bizarramente; pero los piratas atacaban con un valor increíble.

Juan Morgan y Juan Darien, armados con hachas de

abordaje, se arrojaron á la puerta como dos leones; los demás los siguieron en medio de una granizada de balas.

La puerta cedió bajo los tremendos golpes de los dos aventureros, y como un torrente de fuego, los piratas se precipitaron en el interior.

Pocos momentos despues la guarnicion estaba rendida.

—Algo se ha hecho—dijo Juan Morgan—pero aun queda mucho por hacer para tomar la ciudad.

—¿Quereis que avance sobre ella?—preguntó Juan Darien.

—No; encargaos aquí de destruir esta fortaleza, y yo seguiré con las otras.

Morgan salió seguido de los suyos, y se dirigió á la ciudad.

Quedaban por conquistar un castillo grande y uno mas pequeño; en el grande se habia encerrado el gobernador español con el resto de la guarnicion, y el pequeño habia quedado al mando de Don Diego de Alvarez y estaba defendido por todos los comerciantes, que habian llevado allí á sus familias; Doña Marina y Leonor su hija, estaban tambien allí.

Morgan penetró á la ciudad entre el fuego de cañon que le hacian del castillo ocupado por el gobernador; pero como si no hubiera riesgo de ninguna clase, los piratas entraron á saco en todas las casas, y se dirigieron á los monasterios y sacaron de allí prisioneros á todos los frailes y las monjas.

En este momento se escuchó una espantosa detonacion.

Juan Darien habia encerrado en el castillo que estaba en su poder, á todos los prisioneros españoles y habia puesto fuego al pañol de la pólvora.

Desde las almenas de su fortaleza, el gobernador habia

presenciado aquella espantosa catástrofe, y comprendió la suerte que le aguardaba.

No tardó en comenzar el ataque contra él; los piratas acometian con valor, pero eran rechazados; la muerte diezmaba sus columnas, sin disminuir el valor y la rabia de los que sobrevivian.

Arrojábanse los mas decididos sobre las puertas para abatirlas con las hachas; pero morian en la empresa, porque aquellas puertas no cedian. Morgan comenzaba á desesperar.

—¡Fuego á esas puertas!—gritó Juan Darien.

Y como si ya hubieran estado preparados para recibir aquella órden, se vieron por todas partes piratas que procuraban acercarse al castillo con vigas encendidas y con cuantas materias inflamables podian encontrar á la mano.

Unos morian y otros retrocedian espantados; pero no cedian en su empeño. Largo rato duró esta porfía, hasta que de repente los piratas lanzaron un grito de entusiasmo; una llama que crecia rápidamente, levantaba sus lenguas rojas y movedizas en una de las puertas, que pocos momentos despues cayó reducida á cenizas.

La caida de aquella puerta abria la entrada á los piratas, que ciegos de furor se arrojaban por ella.

Pero los defensores estaban decididos á morir combatiendo; apenas los primeros hombres de Morgan penetraron en el castillo, cuando vino sobre ellos una verdadera lluvia de granadas de mano, de frascos llenos de pólvora, y hasta de saquillos llenos tambien de pólvora, que se incendiaban al caer en el fuego, causando por todas partes la muerte y el espanto.

Los jefes animaban con la voz y con el ejemplo; los pira-

tas hicieron un esfuerzo; pero todo fué inútil, y tuvieron que retroceder.

La victoria se declaraba por los soldados del rey, la esperanza comenzaba á animarlos, y la desesperacion se apoderaba del corazon de Morgan y de Juan Darien.

Retiráronse los piratas fuera del alcance de los tiros del castillo, cuya entrada fué vuelta á cerrar inmediatamente.

—Esto es horrible—dijo Juan Morgan atusando su largo bigote—estos hombres se resisten mas de lo que yo esperaba; mucha gente nos han muerto, y la que queda está desalentada.

—Así lo comprendo—replicó Juan Darien;—pero esta defensa obstinada me hace recordar lo que nos contó anoche esa mujer, que vuestro enviado ha hecho traicion.

—Y retirarnos seria perdernos—continuó Morgan sin hacer caso de lo que Juan Darien le indicaba respecto de Brazo-de-acero;—retirarnos seria perdernos, porque estos, alentados, saldrian sobre nosotros, y tenemos tantos heridos, y los navíos están lejos.

—No hay que pensar en retirada, porque si como suponemos, los españoles están instruidos de nuestro número, su aliento será mayor. ¡Ah, Brazo-de-acero! ¡si yo te llegara á tener entre mis manos!

—¿Creeis en eso aún?

—¿No he de creer? ¡pues acaso, segun las instrucciones que le dimos, no era ya tiempo de que estuviera en combate?

—Quizá no tarde.

—No lo creo.

—Pues mirad—gritó Morgan con alegría, mostrando con la mano el otro castillo.

En el mas pequeño de los tres castillos se escuchaban

gritos de triunfo, y una bandera inglesa ondeaba sobre sus almenas.

—¿Qué podrá ser eso?—dijo Juan Darien.

—Brazo-de-acero!—exclamó Morgan con alegría;—Brazo-de-acero, que desmiente con sus hechos las calumnias de esa mujer.

—Almirante, os pido mil perdones por haber desconfiado de vuestro protegido.

—Las cosas se habian rodeado de tal modo que yo mismo llegué á vacilar: en fin, no hay por ahora que ocuparnos de eso, sino solo de rendir á estos perros que se resisten.

—Es preciso dar un asalto formal.

—Mandad que preparen escalas, pero grandes, de tal manera, que puedan subir por ellas hasta tres hombres de frente; buscad en el pueblo quienes vengan á prestarnos ayuda por bien ó por fuerza, para arrimar esas escalas á la muralla; pero todo con diligencia: es apenas medio dia; al anoecer debemos ser dueños de ese castillo.

—Sereis obedecido—dijo Juan Darien; y seguido de algunos de los suyos penetró en la ciudad.

CAPITULO III